

La noche oscura del Padre Arrupe. Una carta autógrafo inédita

Víctor Codina, S.J.

Introducción

Durante mi —ya lejana— época de estudios de teología, investigué un poco sobre las relaciones de S. Ignacio con el Papa Paulo IV. Este trabajo realizado bajo el asesoramiento del P. Cándido de Dalmases en S. Cugat (Barcelona) y completado luego con algunas sugerencias del P. Hugo Rahner en Innsbruck (Austria), fue publicado en la revista *Manresa* el año 68 (V. Codina, *San Ignacio y Paulo IV. Notas para una teología del carisma*, *Manresa* 40 (1968) 337-362. Aparecieron amplios resúmenes en alemán, *Ignatius von Loyola und Paul IV*, en la revista de Viena *Der grosse Entschluss*, 2 (1969) 448-455, y en francés en *Christus*, de París, *Espérant contre toute espérance*, n. 65, 17 (1970) 99-107. Más tarde el original castellano fue incluido en mi libro *Teología y experiencia espiritual*, Sal Terrae, Santander 1977, 77-107).

En aquel trabajo estudiaba la situación de incertidumbre e incluso de angustia que Ignacio vivió al morir Julio III en 1555. Ignacio entonces

hizo oración para que, siendo igual servicio de Dios, no saliese Papa quien mudase la Compañía, pues se temía que algunos papables la mudarían. En concreto Ignacio teme al Cardenal Teatino, Juan Pedro Caraffa, por la cuestión del coro (L. Goncalves de Cámara, *Memorial*, FN I, 712).

Ignacio respiró tranquilo cuando fue elegido Papa Marcelo Cervini, Marcelo II, gran amigo de la Compañía. Pero el breve pontificado del Papa Marcelo —23 días— volvió a sumir a Ignacio en la perplejidad. La elección de Juan Pedro Caraffa como Papa, Paulo IV, provocó en Ignacio un estremecimiento de todos sus huesos. Pero después de un rato de oración, al poco, «salió tan alegre y contento como si la elección hubiera sido muy a su gusto» (FN I, 581-582).

Recorría en dicho estudio las viejas discrepancias entre Ignacio y Caraffa, desde que en 1536 se encontraron en Venecia por primera vez el napolitano Caraffa, ya obispo y cofundador de los Teatinos y el vasco todavía estudiante de teología. Ambos deseaban la reforma de la Iglesia, pero sus métodos no coincidían. La perspectiva de Caraffa era más tradicional y espiritualista, la de Ignacio más revolucionaria e integral. Los antiguos roces, se intensificaron una vez Caraffa fue elevado a la sede de Pedro. Comienza para Ignacio una «noche oscura». El Papa se niega a confirmar la suma de dinero que Julio III había prometido para el Colegio Romano, lo cual le crea a Ignacio una situación sumamente difícil para poder alimentar a los 115 estudiantes. También el Colegio Germánico estaba al borde del abismo, pues tampoco Paulo IV pagaba los subsidios prometidos por su predecesor. Ignacio se encuentra literalmente «con el agua al cuello», pero a pesar de ello «esperando contra toda esperanza» (MI, Epp. IX, 534).

Pero estas dificultades económicas no eran las que más preocupaban a Ignacio. Este se siente cada día más débil y enfermo, y sin duda prevee la proximidad de su muerte. El 30 de julio llama a Polanco para que vaya a S. Pedro a pedir la bendición del Papa. Polanco difiere el encargo hasta el día siguiente, pues no juzgaba el médico el caso de gravedad y le urgía el correo para España... Cuando al amanecer del 31 de julio Polanco ve a Ignacio in extremis, va a toda prisa a S. Pedro, y el Papa bendice amorosamente a Ignacio moribundo. Cuando Polanco regresa, Ignacio ya había muerto.

En una reflexión teológico-espiritual destacaba en dicho artículo cómo Dios había purificado a Ignacio al final de su vida a través de una «noche oscura», la noche oscura del apóstol. Durante toda su vida había buscado Ignacio la voluntad divina, y ésta se le había concretado en la fundación de la Compañía de Jesús, obligado por el 4º voto a una especial obediencia apostólica respecto a las misiones que el Papa pudiera confiar a la Compañía. Y al final de su vida Ignacio experimenta dolorosamente que el Papa, al que debe especial sumisión, ni es demasiado favorable a la Compañía, ni llega a captar la intuición ignaciana. Tensión crucificante. Ignacio muere en pura fe, poniendo en mano de Dios su obra, sometiendo su carisma a la institución de la Iglesia y, como Abrahán, esperando contra toda esperanza.

Lo que sucedió inmediatamente después de la muerte de Ignacio prueba que sus miedos no eran infundados. Paulo IV dijo que Ignacio había gobernado tiránicamente a la Compañía, mandó que le fueran entregadas las Constituciones y Bulas de su aprobación, impuso a la Congregación General que acababa de elegir a Laynez como General, el generalato trienal y el coro. El Teatino mudaba la Compañía...

Sin embargo, al final de sus días Paulo IV parece haber cambiado su modo de actuar. Se mostró propicio a la Compañía y ésta creció y prosperó notablemente en su pontificado.

Estas eran las líneas de fondo del Estudio sobre Ignacio y Paulo IV. Esta introducción era necesaria para comprender cuanto sigue.

La carta autógrafa

Al aparecer este artículo en Manresa envié una separata al P. Arrupe con esta dedicatoria:

«Al P. General para que le sirva de consuelo en sus "noches oscuras". Con todo afecto».

No recibí contestación alguna, lo cual no me sorprendió dada la inmensa correspondencia que diaramente llegaba al P. General. La sorpresa fue cuando, al cabo de siete años, recibí la siguiente carta autógrafa:



CONGREGATIO GENERALIS XXXII SOCIETATIS JESU

CURIA GENERALITIA - Borgo Santo Spirito, 5 - C. P. 9048 - 00100 ROMA
Teleg: GISA ROMA - Telex 61190 Gisa Roma - Tel: 6369841

28. 11. 75

Querido P. Codina:

Oe

Le extracción rector me contó más...
a la vez le extracción me contó más...
Tal vez con el encargo del de un artículo.

que hace unos años (exactamente en 1968), escribió del
en Navarra, "engañados" tuvo la amabilidad de enviarme
un le dedicativo "al P. General para que le sirva de
un recuerdo en sus "noches oscuras". Con todo efecto.

Pues así se ve que me daba cuenta de que en
fin un recuerdo, pero fue durante la Compagnie
General de rector y me contó más en la "noche oscura";
no sé si fue oscura como la de I. J. J. J., pero ciertamente
"oscura".

He querido, pues, un libro de recuerdos y apuntes.
para que sea que el recuerdo sea más en un libro de
autobiografía. Le dedico este un recuerdo han tenido muy
bien efecto, al menos "iluminando la noche oscura" del
P. General.

Estoy seguro de que todos ellos han de servir
muy bien efecto para todo la Compagnie. He sido,
como dicen los Padres de la P. J., una "experiencia oscura".

Gracias por, querido P. Codina, por el libro de recuerdos
en un recuerdo! Pida por este "recuerdo humano" en Cristo

Pedro Arrupé D

Roma 28-3-75

«Querido P. Codina»:

P.C.

Le extrañará recibir una carta mía... A lo mejor le extraña aún más cuando vea la razón.

Tal vez aún se acuerde Vd. de un artículo, que hace unos años (exactamente en 1968), escribió Vd. en Manresa, cuya «separata» tuvo la amabilidad de enviarme con la dedicatoria. "Al P. General para que le sirva de consuelo en sus noches oscuras. Con todo afecto".

Pues creo que es un deber decirle que ya entonces fue consuelo, pero que durante la Congregación general lo releí y me consoló mucho en la "noche oscura", no sé si tan oscura como la de S. Ignacio, pero ciertamente "oscura".

He creído, pues, un deber decírselo y agradecerse, para que vea que el esfuerzo que hizo en escribir el artículo y la delicadeza en enviármelo han tenido muy buen efecto, al menos "iluminando la noche oscura" del P. General.

Estoy seguro de que todo ello han de seguirse muy buenos efectos para la Compañía. Ha sido, como decían los Padres de la C. G., una "experiencia única".

Gracias pues, querido P. Codina, que el Señor le pague en caridad. Pida por este "consolado hermano" en Cristo

Pedro Arrupe, SJ.

De la simple lectura de esta carta se deduce que el P. Arrupe atravesó por una «noche oscura» en la Congregación General 32, tan oscura que se sintió movido a confrontarla con la del Ignacio ante Paulo IV: «no sé si tan oscura como la de S. Ignacio, pero ciertamente "oscura"».

El ejemplo de Ignacio confortó al P. Arrupe: «iluminando la "noche oscura" del P. General» y con optimismo no puramente psicológico, sino cristiano y espiritual, espera que esta «noche oscura» dará frutos para la Compañía: «Estoy seguro de que todo ello han de seguirse muy buenos efectos para toda la Compañía».

La «noche oscura» del 75

Me he ayudado de la colaboración amistosa de uno de los testigos de aquel momento, el P. Ignacio Iglesias, a quien pertenecen las siguientes líneas de aproximación a los hechos que fueron trasfondo histórico del documento que estamos comentando.

El estudio de la distinción de grados en la Compañía había ocupado y «preocupado» ya a la Congregación General XXXI (1964-65), que en su decreto 5º encargó al P. Arrupe instituir una Comisión:

«cuya finalidad sea estudiar a fondo, bajo el aspecto jurídico y práctico todo el problema de la superación de Coadjutores Espirituales...» La Congregación General, además «recomienda que la Comisión que ha de investigar todo el problema de la distinción de grados, extienda esta investigación al estudio de las ventajas y desventajas de conceder a los Hermanos la profesión solemne».

Antes de la deliberación en Congregación sobre el tema, el P. Arrupe había planteado en un breve discurso el clima espiritual de discernimiento en el que debería ser aprobado, remitiendo como ejemplo, a la Deliberación de los primeros Padres (1539). De sus palabras se deduce que un cierto cansancio y ansiedad se notaba en los congregados, explicable en parte por lo prolongado de las dos sesiones de la Congregación General 31 y en parte por lo arduo de este tema en particular. No excluye Arrupe, como posibilidad, el volver a convocar, si así pareciera a la Congregación, una nueva Congregación.

«Esta Congregación quedará como modelo de diligencia e incansable laboriosidad. Pero quiero que conste esto: que la asiduidad de la Congregación es digna de hombres muy solícitos por el bien de la Compañía. Este será el verdadero fundamento de la confianza de la Compañía en nosotros: el que nos vea emplearnos con todas nuestras fuerzas en nuestros trabajos y dejar abierto ancho camino en la preparación de la C.G. XXXII para aquellas cuestiones que no pudimos resolver ahora. «... En cuanto a mí tiene por cierto que procuraré con todo empeño que enseguida después de la Congregación, se constituya la Comisión conforme a la mente de la Congregación y que sus trabajos se lleven con paso firme y constante a feliz término».

Los trabajos de esta Comisión, en efecto, más el peso de numerosos postulados provenientes de toda la Compañía, más los resultados de un Congreso de Hermanos (1970), el primero en la

historia de la Compañía, y de cuatro grupos de trabajos, desembocan diez años más tarde en la Congregación General XXXII. Casi la mitad de las Congregaciones Provinciales piden la extensión del cuarto voto a todos los jesuitas, lo que en la práctica conlleva la supresión de la distinción de grados o, al menos, su profunda transformación.

Así, las cosas, Arrupe presenta el 21 de noviembre de 1974 a su Santidad un resumen de los postulados, de todo lo trabajado sobre este y otros temas, que pudieran tocar la Formula Instituto, y el estado de los diversos estudios indicándole la necesidad de tiempo para esclarecer las implicaciones de algunas de estas propuestas, antes de discernir la oportunidad o no de solicitar su aprobación para tratarlos y eventualmente presentarle los resultados para su necesaria aprobación. El Papa le manifiesta su voluntad, por lo que hace al tema del cuarto voto, de ponderarlo más largamente.

El 3 de diciembre de 1974 en su cordial, y a la vez dramática, alocución a los miembros de la C.G. XXXII, Pablo VI, recordándoles la cuádruple nota caracterizante de la Compañía, religiosos-apóstoles-sacerdotes «unidos con el Papa por un voto especial», y

«... sin olvidar, por ello, la antigua y legítima tradición de los beneméritos Hermanos, los cuales, aún sin estar revestidos del Orden sagrado, han tenido siempre un papel honroso y eficiente en la Compañía», afirma: «... pero Nos, como Vicario de Cristo, que debe confirmar en la fe a sus hermanos (Lc 22, 23), y vosotros también, que tenéis la grave responsabilidad de representar conscientemente las aspiraciones de vuestros Hermanos en religión, debemos velar todos para que la adaptación necesaria no se realice a expensas de la identidad fundamental, de lo que es esencial, en la figura del jesuita, tal cual se describe en la Formula Instituti, como la proponen la historia y la espiritualidad propia de la Orden y como parece reclamar todavía hoy la interpretación auténtica de las necesidades mismas de los tiempos».

Su exhortación a «una sana, equilibrada, justa actualización con fidelidad sustancial a la fisonomía específica de la Compañía, con respeto al carisma del Fundador» desemboca en orientaciones al discernimiento, a la elección de fondo entre las varias solicitudes apostólicas y a la disponibilidad en la obediencia como «rasgo fisionómico de la Compañía».

«No ignoramos ciertamente que si la obediencia es muy exigente para cuantos obedecen, ella no lo es menos para cuantos ejercen la autoridad; a ellos les pide escuchar sin parcialidad las voces de todos sus hijos; rodearse de consejeros prudentes para sopesar lealmente las situaciones, elegir ante Dios lo que corresponde mejor con su voluntad e intervenir con firmeza cuando haya habido desviaciones».

En la misma fecha, 3 de diciembre, el Cardenal Villot, secretario de Estado, comunica en carta al P. Arrupe el deseo del Santo Padre de que la Compañía persevere fiel a las notas esenciales expresadas en la Formula Instituti y deja entrever, respecto a una eventual extensión de 4º voto a los no-sacerdotes, la existencia de fuertes dificultades que impedirían la necesaria aprobación de parte de la Santa Sede.

La Congregación inicia sus trabajos y a mediados de enero 1975 aborda el tratamiento del tema, sobre el que dispone de abundantísimo material de Postulados y estudios previos, en clima, y con procedimientos extraordinarios, de oración, discernimiento, reflexión, deliberación en grupos, votaciones previas e indicativas, siempre desde el principio iluminador que venía presidiendo todos los trabajos en la materia ya desde la Congregación General XXXI:

«Toda acomodación del Instituto debe tender a esto, a que siempre se determine lo que, bien ponderadas las cosas, ha de contribuir más al conocimiento, amor, alabanza, servicio de Dios y a la salvación de las almas» (C.G. XXXI dto. 4º, dto. 14,5).

Con práctica unanimidad moral la Congregación decide en votación previa tratar sobre todos los temas planteados, incluidos aquellos que pueden requerir intervención de la Santa Sede, en orden a clarificarse sobre una posible y respetuosa representación a ésta, antes de tratarlos a fondo y de pronunciarse sobre ellos. Reiteradamente explicitan los congregados su fidelidad al espíritu ignaciano y su inteligencia de la mente del Santo Padre y argumentan desde su obediencia responsable en orden a una eventual representación, semejante a la seguida diez años antes en el tema de la pobreza, que algunos consideran no sin conexión con el presente.

Dos largos días de numerosas intervenciones llenas de sentido de responsabilidad desembocan primero en un resumen hecho por Arrupe, de lo oído y vivido, y en una apremiante exhortación a expresar en

espíritu de fe y oración la fidelidad al Santo Padre, que unos interpretan ha de ser de respetuoso silencio y aquiescencia y otros de respetuosa representación; y finalmente en una votación indicativa, matizada y diferenciada, ampliamente elocuente en el sentido de esta última forma de fidelidad.

Dos días después es recibida una nota de la Secretaría de Estado que reafirma taxativamente la mente del Santo Padre manifestada al comienzo de la Congregación y expresa su extrañeza por el procedimiento seguido por la Congregación paralizándolo sine die. Arrupe, visiblemente afectado por lo que interpreta como dolor involuntariamente infligido al Santo Padre, invita a los congregados a la oración y al acatamiento humilde y convoca una especial celebración eucarística para pedir la gracia del crecimiento en la fidelidad al Santo Padre.

Su personal lectura cristiana de este episodio gira en torno al «vuestros pensamientos no son mis pensamientos» y exhorta conmovido a una aceptación «total y gozosa» de la voluntad de Dios manifestada por la mediación de esta intervención de la Santa Sede.

Tal es, en breve, el trasfondo histórico de la experiencia personal de Arrupe que dos meses después da origen a esta inesperada carta personal.

Una noche todavía más oscura...

Sin embargo, Pedro Arrupe no imaginaba el 75 que esta noche oscura no hacía sino comenzar.

La secuencia de los hechos últimos es conocida: el P. Arrupe desea renunciar al Generalato en una Congregación General que se debía convocar para el 80. El Papa Juan Pablo II no se lo permite, pues cree que la Compañía necesita mayor preparación. El 7 de agosto de 1981, Arrupe sufre un ataque cerebral a su regreso de Filipinas y nombra Vicario General al P. Vicent O'Keefe. El 6 de octubre del 81 recibe una carta del Papa en la que se le comunica que ha nombrado Delegado personal suyo al P. Paolo Dezza. El 2 de septiembre del 83 comienza en Roma la 33 CG, y el 3 de septiembre la Congregación acepta la dimisión del P. Pedro Arrupe. El 13 es elegido General el P.

Peter-Hans Kolvenbach. El P. Arrupe continúa su servicio de sufrimiento por el mundo, en silencio, largo ya de casi nueve años, en la enfermería de la casa generalicia de Roma.

La «noche oscura» de Arrupe es una actualización de la noche oscura ignaciana, un caso más de la tensión carisma-institución en la Iglesia, conflicto siempre doloroso y crucificante, pero mucho más cuando es causado por aquellos a los que debe la máxima obediencia y se venera, en espíritu y en verdad, con mayor amor.

Como en el caso de Caraffa, también ahora no se trata de mala voluntad, sino de diferentes formas de concebir la renovación eclesial. Como entonces, también ahora, la Iglesia vive profundos cambios postconciliares y es lógico que las posiciones se enfrenten. Pero dejando a historiadores futuros la narración de estos hechos todavía recientes, vale la pena destacar la profundidad de fe y la entrega filial a Dios con la que Arrupe ha vivido estos acontecimientos, con un sentido ignaciano de sumisión y de obediencia ejemplar. Su noche oscura le ha conducido el despojo total de su persona, a la oblación de su vida al Señor, por el bien de la Iglesia.

Por otra parte, esta noche oscura que va a caracterizar los últimos años de la vida de Arrupe, no es independiente de los sucesos del 75. La CG 32, con su opción por la promoción de la fe y de la justicia, debía provocar en la sociedad y en la Iglesia muchas contradicciones. La CG 32 lo había previsto lúcidamente: «No trabajaremos, en efecto, en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio. Pero este trabajo hará más significativo nuestro anuncio del Evangelio y más fácil su acogida» (CG 32, D 4, n.46).

La noche oscura de Arrupe es la noche oscura de una fe que se compromete con la justicia, es el precio de la promoción de la justicia.

Los frutos de esta noche oscura, de los que Arrupe esta ya en 1975 tan seguro, que no dejarán de darse. Se están dando de hecho, si se han de medir por la sangre derramada («nadie ama más», Jn 15,13), treinta y nueve miembros de la Compañía la han derramado por entero, durante estos últimos 25 años, víctimas de una violencia a la que estorbaba el Evangelio. Pero ya desde ahora agradecemos al Señor

que el P. Arrupe nos haya podido dar estos ejemplos de fidelidad y de esperanza contra toda esperanza. Arrupe ha gobernado ignacianamente la Compañía con palabra y sobre todo con el ejemplo de su vida. Ha sido no sólo un fiel hijo de Ignacio, sino un seguidor fiel de Jesús y un testigo de su resurrección.

Gracias a esta «noche oscura» de la fe comprometida con la justicia, el anuncio del Evangelio se ha hecho más significativo y su acogida más gozosa.

[Tomado de «Revista Manresa», Madrid, Vol. 62 (1990) pp. 165-172]